

Xenofobia y racismo en Europa

Enzo Traverso

El racismo y la xenofobia no son los residuos de un “pasado que no quiere pasar”, arcaísmos que sobreviven a la desaparición de las condiciones que los engendraron. Los cataclismos del siglo XX no nos han vacunado contra la tentación de estigmatizar, la costumbre de excluir y a veces el placer de odiar la diversidad. Desde este punto de vista, la xenofobia contemporánea está profundamente ligada a la historia del racismo, sustrato de una modernidad que modifica su morfología pero no su función. Historizar la fábrica racista de la alteridad es, pues, necesario para comprender cómo se perpetúa hoy. Demasiado a menudo el racismo es considerado como una especie de patología más que como una norma de la modernidad. Debemos saber que, para combatirlo, es preciso poner en cuestión un orden social y un modelo de civilización, no una de sus deformaciones o distorsiones.

Habría que partir de la constatación de que el éxito del racismo y de la xenofobia no se basa en su veracidad o en su capacidad para describir objetivamente lo real (al que aportarían eventualmente respuestas falsas o inaceptables desde un punto de vista ético, según un viejo lugar común) sino a su eficacia, a su carácter operatorio. El racismo y la xenofobia son un proceso de construcción simbólica del enemigo -inventado en tanto que figura negativa- que apunta a satisfacer una búsqueda identitaria, un deseo de pertenencia, una necesidad de seguridad y de protección. Desvelar sus mecanismos y denunciar sus mentiras es ciertamente necesario pero insuficiente (y a menudo inútil), pues su influencia no se basa ni en virtudes cognitivas ni en argumentos racionales -incluso cuando se presentan como un discurso “objetivo”- sino en un dispositivo de compensación, en la búsqueda de un chivo expiatorio.

Nacido hacia finales del siglo XVIII, asociado después en simbiosis con el colonialismo y el nacionalismo modernos, el racismo alcanzó su apogeo en el siglo pasado, cuando el encuentro entre el fascismo y el antisemitismo conoció en la Alemania nazi un epílogo exterminador. Según una intuición formulada en otro tiempo por Pierre-André Taguieff -hoy pasado con armas y bagajes a la derecha neoconservadora-, el discurso racista contemporáneo ha conocido una verdadera metamorfosis, abandonando su orientación jerárquica y “racialista” (según el viejo modelo de Gobineau, Chamberlain, Vacher de Lapouge o Lombroso) para convertirse en diferencialista y culturalista. Dicho de otra forma, se ha deslizado de la “ciencia de las razas” al etnocentrismo ¹. Estas mutaciones, sin embargo, no modifican el antiguo mecanismo de rechazo social y de exclusión moral que Erving Goffman había resumido con el concepto de estigma ².

¹/ Taguieff, P.-A. (1988) *La Force du préjugé*. París: La Découverte.

²/ Goffman, E. (1975) *Stigmate. Les usages sociaux des handicaps*. París: Éditions de Minuit, 1975.

Durante los años 1990, el racismo reapareció con fuerza en Europa, en absoluto molestado por la difusión de las liturgias oficiales que conducían ritualmente las autoridades políticas y religiosas a comulgar alrededor del “deber de memoria”, y enviaban a los adolescentes de nuestros institutos a visitar los campos de exterminio nazis. Si el racismo ha vuelto al primer plano no es “a causa de la inmigración”, según un cliché bien conocido, sino porque pertenece, como escribe Alberto Burgio, al “*código genético de la modernidad europea*”³.

Pero el racismo se perpetúa cambiando de piel y añadiendo nuevos registros a su “archivo” inagotable de la exclusión y del odio. El enmarañamiento de racismo y fascismo, nacionalismo y antisemitismo que se produjo en Europa durante la primera mitad del siglo XX, no existe ya. El nacionalismo y el antisemitismo proliferan aún entre los nuevos países miembros de la Unión Europea, donde pueden enlazar de nuevo con una historia interrumpida en 1945 y alimentarse de los resentimientos acumulados durante cuatro decenios de “socialismo real”. En esta parte del continente, reivindican una filiación con las dictaduras de los años 1930, como Jobbik en Hungría, que recupera la herencia de la organización fascista de las *Cruces Flechadas* y cultiva la memoria del mariscal Horthy, o exhuman una antigua mitología revanchista y expansionista, como el Partido de la Gran Rumania o el Partido Croata de los Derechos (HSP), continuador del movimiento ustachi de Ante Pavelic.

En Europa occidental, sin embargo, el fascismo es prácticamente inexistente, como fuerza política organizada, en los países que fueron su cuna histórica. En Alemania, la influencia sobre la opinión pública de los movimientos neonazis es casi nula. En España, donde el legado del franquismo ha sido recogido por el Partido Popular, nacional-católico y conservador, los falangistas son una especie en vías de extinción. En Italia, hemos asistido a un fenómeno paradójico: la rehabilitación del fascismo en el discurso público e incluso en la conciencia histórica de un segmento significativo de la población -el antifascismo era el código genético de la Primera República, no de la Italia de Berlusconi- ha coincidido con una metamorfosis profunda de los herederos de Mussolini. Futuro y Libertad, el partido que acaba de lanzar su líder, Gianfranco Fini, se presenta como una derecha liberal, reformista y “progresista” que se enfrenta con el conservadurismo político de Berlusconi y al oscurantismo cultural de la Liga Norte. Situándose más a la derecha en el tablero político francés, el Frente Nacional intenta, bajo el impulso de Marine Le Pen, librarse de la imagen tradicional de una extrema derecha hecha de partidarios de la Revolución Nacional, de integristas católicos y de nostálgicos de la Argelia francesa. Si permanece en su seno una componente fascizante, hoy no es hegemónica. En su último congreso, el Frente Nacional se ha entregado a un ejercicio inédito de renovación de su lenguaje, adoptando una retórica republicana que no pertenece a su tradición. Si la sucesión de Marine Le Pen a su padre

³/ Burgio, A. (2010) Nonostante Auschwitz. Il “*retorno*” del razzismo in Europa. Roma: Derive Approdi.

muestra una voluntad de continuidad, tomando rasgos dinásticos, testimonia también una indiscutible voluntad de renovación: ningún movimiento fascista clásico ha confiado jamás su dirección a una mujer.

El declive de la tradición fascista deja lugar, sin embargo, al auge de una extrema derecha de nuevo tipo, cuya ideología integra las mutaciones del siglo XXI. El politólogo Jean-Yves Camus ha sido uno de los primeros en comprender sus rasgos inéditos: el abandono del culto del Estado en beneficio de una visión del mundo neoliberal centrada en la crítica del Estado del Bienestar, la revuelta fiscal, la desregulación económica y la valorización de las libertades individuales, opuestas a toda interferencia estatal⁴. El rechazo de la democracia –o su interpretación en un sentido plebiscitario y autoritario– no se acompaña siempre del nacionalismo que, en ciertos casos, es trocado por formas de etnocentrismo que ponen en cuestión el modelo de Estado-nación, como muestran la Liga Norte italiana o la extrema derecha flamenca.

En otras partes, el nacionalismo toma la forma de una defensa del Occidente amenazado por la mundialización y el choque de civilizaciones. El cóctel singular de xenofobia, de individualismo, de defensa de los derechos de las mujeres y de homosexualidad asumida que Pim Fortuyn había elaborado cuidadosamente en los Países Bajos en 2002, ha sido la clave de un avance electoral duradero. Rasgos muy similares caracterizan otros movimientos políticos en Europa del Norte como el Vlaams Belang en Bélgica, el Partido Popular danés y la extrema derecha sueca, que acaba de hacer su entrada en el parlamento de Estocolmo. Pero los encontramos también –aunque mezclados a estereotipos más tradicionalistas– en el Partido Liberal austríaco (cuyo dirigente más carismático fue Jörg Haider) que se ha impuesto, en las elecciones del pasado octubre, como la segunda fuerza política en Viena (27% de los votos).

El elemento federador de esta nueva extrema derecha reside en la xenofobia, declinada como un rechazo violento a los inmigrantes. El inmigrante de nuestros días es el heredero de las “clases peligrosas” del siglo XIX, pintadas por las ciencias sociales positivistas de la época como un receptáculo de todas las patologías sociales, desde el alcoholismo a la criminalidad y la prostitución, hasta las epidemias como el cólera⁵. Estos estereotipos –a menudo condensados en una representación del extranjero con rasgos físicos y psíquicos muy marcados– derivan de un imaginario orientalista y colonial que ha permitido siempre definir, negativamente, identidades inciertas y frágiles, fundadas en el temor al “otro”, siempre percibido como el “invasor” y el “enemigo”. En la Europa de nuestros días, el inmigrante toma esencialmente los rasgos del musulmán. La islamofobia juega hoy para el nuevo racismo el papel que fue en otro tiempo el del antisemitismo para los nacionalismos y fascismos de antes de la Segunda Guerra Mundial.

⁴/ Camus, J.-Y. (2002) “Du fascisme au national-populisme. Métamorphoses de l’extrême droite en Europe”, *Le Monde diplomatique*, mayo.

⁵/ Chevalier, Ch. (2007) *Classes laborieuses et classes dangereuses*. París: Perrin, (edición 1958).

La memoria de la Shoah -una percepción histórica del antisemitismo desde el prisma de su conclusión genocida- tiende a oscurecer estas analogías, sin embargo evidentes. El retrato del arabe-musulmán dibujado por la xenofobia contemporánea no difiere mucho del construido para el judío por el antisemitismo a comienzos del siglo XX. Las barbas, filacteria y caftanes de los judíos inmigrantes de Europa central y oriental de antaño corresponden a las barbas y velos de los musulmanes de nuestros días. En los dos casos, las prácticas religiosas, culturales, de indumentaria y alimentarias de una minoría han sido movilizadas a fin de construir el estereotipo negativo de un cuerpo extranjero e inasimilable para la comunidad nacional.

Judaísmo e islam funcionan así como metáforas negativas de la alteridad: hace un siglo, el judío pintado por la iconografía popular tenía forzosamente una nariz afilada y orejas despegadas igual que hoy el islam es identificado con el burka, aún cuando el 99,99% de las mujeres musulmanas que viven en Europa no lleven el velo integral. En el plano político, el espectro del terrorismo islamista ha reemplazado al del judeo-bolchevique.

Hoy, el antisemitismo sigue siendo un rasgo distintivo de los nacionalismos de Europa central, donde el islam es casi inexistente, y el giro de 1989 ha revitalizado los viejos demonios (siempre presentes, aún cuando no haya ya judíos), pero ha desaparecido casi del discurso de la extrema derecha occidental (que a veces proclama sus simpatías hacia Israel). En los Países Bajos, Geert Wilders ha hecho de la lucha contra el “islamo-fascismo” su negocio. Consultados por referéndum, el 57% de los suizos se han pronunciado el 28 de noviembre a favor de la prohibición de los minaretes. Hasta el presente, sólo cuatro mezquitas de 150 poseían uno en la confederación helvética: este umbral permanecerá infranqueable. En Italia igual que en Francia, se han elevado numerosas voces proponiendo medidas análogas, mostrando que, lejos de ser un capricho de la derecha xenófoba y populista suiza, la voluntad de estigmatizar al islam concierne a Europa en su conjunto. Shlomo Sand tiene razón de subrayar que la islamofobia constituye hoy un cimiento de Europa -cuya matriz “judeo-cristiana” no se deja jamás de subrayar- igual que el antisemitismo jugó un papel fundamental, en el siglo XIX, en el proceso de construcción de los estados nacionales/6.

Esta nueva extrema derecha “desfascistizada” toma entonces la forma del populismo. El concepto, como todo el mundo sabe, es vago, elástico, ambiguo, incluso detestable cuando es utilizado para afirmar el desprecio aristocrático hacia el pueblo. Pero los avances electorales frecuentes de esta nueva extrema derecha prueban su capacidad para encontrar un consenso entre las clases trabajadoras y las capas más desfavorecidas. El populismo de derechas -Ernesto Laclau lo ha subrayado/7- se alimenta del desconcierto de un pueblo que ha sido abandonado por la izquierda, cuya tarea debería ser

6/ Sand, S. (2010) “From Judeophobia to Islamophobia. Nation-building and the construction of Europe”. *Jewish Quarterly*, nº 215.

7/ Laclau, E. (2008) *La Raison populiste*. París: Éditions du Seuil.

la de organizarlo y representarlo. El populismo, en fin, es una categoría transversal que indica una frontera porosa entre la derecha y la extrema derecha. Si alguien tuviera dudas sobre esto, Sarkozy se ha encargado de disiparlas desde su elección, primero creando un Ministerio de la Inmigración y de la Identidad Nacional, luego lanzando una campaña contra los gitanos, detenidos en razias y expulsados sobre la base de un recuento étnico-racial, suscitando la aprobación entusiasta de numerosos representantes de las derechas europeas, *in primis* la derecha italiana. En el fondo, la lucha por la igualdad de derechos -evitando los conflictos estériles entre el nacionalismo republicano y el multiculturalismo comunitarista- vuelve al orden del día, en este comienzo del siglo XXI, como lo fue en el siglo XIX, cuando la burguesía liberal ascendente se oponía a la democracia restringiendo el sufragio mediante fuertes barreras de clase, de género y de raza. Hoy, a pesar de las leyes promulgadas en varios países, las mujeres están aún subrepresentadas en el seno de nuestras instituciones; las clases populares desertan cada vez más de las urnas, indiferentes hacia un sistema político que perciben como extranjero, incluso hostil; las poblaciones emigrantes, en fin, permanecen excluidas de todo derecho. Estos son los rasgos destacados de nuestra “mundialización feliz”.

La metamorfosis del racismo y de la xenofobia no pueden dejar de tener consecuencias políticas. Si el antifascismo es un combate de una evidente actualidad en los nuevos países de la Unión europea, donde asistimos hoy al ascenso de una extrema derecha nacionalista, antisemita y fascizante, la situación es muy diferente en el Oeste. Ciertamente, en un continente que ha conocido a Mussolini, Hitler y Franco, el antifascismo debería inscribirse en el código genético de la democracia como un elemento constitutivo de nuestra conciencia histórica. Sin embargo, luchar contra las nuevas formas de racismo y de xenofobia en nombre del antifascismo corre el riesgo de revelarse un combate de retaguardia. El antifascismo cumplió su papel -como movimiento político organizado- en los años 1980 y 1990, cuando, particularmente en Francia, estaba confrontado a la emergencia de una extrema derecha de matriz fascista (aún cuando el contexto general no fuera ya el de los años 1930). Pero no se trata, hoy, de defender una democracia amenazada. El racismo y la xenofobia presentan dos rostros, en definitiva complementarios: de una parte, el de nuevas extremas derechas “republicanas” (protectoras de “derechos” delimitados sobre bases étnicas, nacionales o religiosas); de otra parte, el de las políticas gubernamentales (campos de retención para sin papeles, expulsiones planificadas, leyes que intentan estigmatizar y discriminar a minorías étnicas o religiosas). Este nuevo racismo se acomoda con la democracia representativa, remodelándola desde el interior. Es pues la propia democracia la que habría que repensar, así como las nociones de igualdad de derechos y de ciudadanía, para dar un nuevo aliento al antirracismo.

Enzo Traverso es historiador.

Este artículo ha sido publicado en la revista *Contretemps* n° 9.

Traducción: Alberto Nadal para *VIENTO SUR*